

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pino Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kát sar

Capítulo  : El Comisario

por

Alejandro Pino Alamillo

T

odo parecía diferente, el lugar, el ambiente, incluso la hora. Había sucedido algo extraño en aquella tierra, el cielo se había despejado y, por primera vez desde mi llegada, los rayos del sol bañaban aquel inmundo cenagal. Salí al exterior de la casa para respirar el aire matutino. Descubrí que Alissa había madrugado y decidido aprovechar también el calor antinatural de aquella mañana. Había sustituido su habitual indumentaria femenina por un chaleco y unos pantalones de cuero desgastado que se había enfundado para montar a un viejo caballo. El animal parecía haber tenido años mejores de vida, aún así no dudaba en lanzarse al galope cuando su jinete se lo ordenaba. Observé cómo la hija del Hîr se divertía, cómo sus cabellos dorados danzaban con el viento, y cómo gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Ella se volvió lentamente y me miró. Durante unos segundos nuestras miradas se sostuvieron, intentando escudriñar los pensamientos del otro, pero entonces el caballo tropezó y Alissa cayó bruscamente de la montura. Me acerqué corriendo a socorrerla, aunque a mitad de camino me detuve al escuchar cómo blasfemaba entre risas.

—Te has dado un buen golpe—dije alzando mi voz por encima de sus carcajadas.

—Botter es un caballo viejo, hace lo que puede—respondió incorporándose con todo el rostro manchado de barro.

Justo en ese momento, apareció Mordomo con una toalla. Su piel caoba relucía aquella mañana bajo los rayos del sol. Alissa cogió el paño y se limpió el rostro.

—Mi padre quiere hablar contigo, Kátsar.

—Creo que tu tío también, no hay que olvidar que trabajo para él.

—No hay que olvidar que el Hîr es mi padre—respondió Alissa de forma brusca—. Gracias, Mordomo, déjanos solos a Kátsar y a mí.

El sirviente se retiró en silencio dejándonos a solas. Fijé la vista en el viejo Botter, pese al tropezón volvía a moverse con soltura, pastando entre las pocas hierbas que crecían entre los barrizales.

—Mi padre cree saber quién eres—dijo la joven observándome.

—¿Y quién cree que soy?—pregunté con tono tranquilo, midiendo cada una de mis palabras.

—Para ser cartógrafo tienes una espada muy grande, Kátsar.

—¿Y a qué conclusión te lleva eso?

—Mi padre piensa que eres un soldado que ha desertado del ejército de algún rey y ahora tienes que ganarte la vida de lo que sabes.

—¿Y tú qué piensas?

—Creo que huyes de algo. Ni el más desesperado de los desertores de un ejército, ni el más loco de los cartógrafos huiría a Mérlobock—contestó Alissa de forma rotunda.

Mordomo volvió a aparecer interrumpiendo nuestra charla.

—Hîr Halfrings desea hablar con usted, Kátsar—anunció el hombre con voz grave.

—Ha sido una conversación muy interesante, ya continuaremos otro día—dije con intención de marcharme.

—¿Y por qué no esta noche?—preguntó Alissa de repente.

—¿Cómo dices?

—Al caer la noche, en el merendero que hay tras el establo—propuso con un deje de picardía en su mirada, como una niña pequeña.

Mordomo nos observaba como una estatua de ébano, inmóvil e impertérrito.

—Está bien, lleva algo de comida—contesté, dejando a la vista que mis modales de caballero no existían.



Hîr Halfrings estaba inmerso en sus pensamientos, tenía la mirada perdida y respiraba con lentitud. En cuanto me vio aparecer por el salón principal parpadeó varias veces seguidas, como si quisiese cerciorarse de mi llegada.

—¿Quería verme, Hîr Halfrings?

—Siéntese, por favor—me indicó—, ¿puedo ofrecerle algo de beber?

—No es necesario—rechacé de forma brusca—, ¿en qué puedo ayudarle?

Lorion paseó la mirada por la sala, como si necesitase comprobar una vez más que estábamos solos. Desde hacía un par de días no podía dejar de sentirme observado, por lo que imité al Hîr y miré en todas direcciones.

—Debo decirle que le estoy muy agradecido por lo que está haciendo por esta familia— dijo de repente—. Primero salvó a mi hermano, luego recuperó las cabras de la granja y por último hizo justicia.

Decidí asentir y guardar silencio. Cuando alguien comienza hablando sobre lo bueno que eres o lo bien que haces las cosas, acaba pidiéndote un favor.

—Está haciendo una gran labor, ayudando a mi hermano. Y además, los habitantes de la granja se sienten más seguros desde su llegada.

Aguardé con paciencia para ver a dónde quería llegar.

—Por ello, he decidido nombrarle mi comisario.

—¿Comisario?—aquel nombramiento improvisado me pilló por sorpresa.

—Necesito imponer orden en esta tierra, ya es hora de que la ley comience a aplicarse— su tono grave, casi imponía oírle hablar—, y usted será mi mano derecha.

—Hîr Halfrings, con todos mis respetos, mi labor es la de ayudar a su hermano con la cartografía.

Vi la ira reflejada en el destello de sus ojos.

—Su labor será la que yo le dicte. Tengo claro que alguien como usted, que se refugia en un lugar como Mérlobock, solo puede estar huyendo de algo o alguien. Tal vez en su otra vida fue un mercenario, tal vez un pirata, o tan sólo un traidor que ha desertado de las filas de su rey—me estremecí al escuchar la palabra <<traidor>>—, pero ahora su vida es esta, como el comisario del Hîr.

Me aproximé a Lorion con todos mis músculos tensos y unas ganas inexplicables de arrebatarle la vida en aquel mismo instante. Hubo un duelo de miradas que se sostenían con el orgullo y la bravuconería típica de los hombres. Una sombra se deslizó por el salón y me giré en rotundo, perdiendo la batalla visual.

—Ah, Alatirno, eres tú—dije de algún modo aliviado. En los últimos días no había dejado de estar alerta ante la paranoica sensación de que de un momento a otro iba a ser apuñalado por la espalda.

—Hola, Kátsar—respondió asustado ante mi sobresalto—, ¿te importa venir a mi despacho?

—Si el Hîr no requiere nada más de mí... —contesté volviendo a mirar a Lorion, que de nuevo tenía la mirada perdida.

Parecía que Alatirno no hubiese visto a su hermano hasta aquel momento.

—Perdona, hermano, ¿te importa?

Hîr Halfrings hizo un gesto con la mano, algo irritado, como si de repente sus pensamientos fuesen más importantes que los quehaceres de su hermano, o que la conversación que acabábamos de tener.



—Tus mapas son excepcionales, todavía no me explico cómo has podido dibujar las costas del norte de Mérlobock, si nunca has estado allí—exclamó Alatirno en cuanto entramos en su despacho.

—Bueno, es mi trabajo al fin y al cabo.

—Claro, claro, no me reveles tus secretos si no quieres—respondió mi seboso amigo de forma jocosa.

Me di cuenta del caos que nos rodeaba: mapas, libros, tinteros, plumas, todo desperdigado por la habitación. Alatirno caminaba de un lado para otro eufórico, pisando las cartas que había por el suelo.

—Prácticamente tengo todo listo, en unos días podríamos iniciar la expedición, y cuento contigo, por supuesto.

—Hace unos minutos tu hermano ha decidido nombrarme su comisario, tal vez esté algo ocupado—dije observando el rostro de mi nuevo amigo.

Alatirno se detuvo en seco, por un momento su alegría desapareció. Por primera vez, habló con total seriedad.

—Los quehaceres de mi hermano tendrán que esperar, esto es más importante.

Asentí, siendo consciente de que una vez más en mi vida iba a tener que elegir un bando, y esta vez no podía equivocarme.



Alissa observaba tranquilamente un pequeño escarabajo de caparazón azul turquesa que se paseaba bajo la luz de las velas que ella había colocado estratégicamente sobre el astillado merendero. Cuando me vio aparecer, puso cara de enfado.

—Llegas tarde, ya pensé que tendría que cenar con este escarabajo.

No pude evitar estallar en una carcajada que ella no tardó en imitar.

—He tenido un día muy ocupado—contesté mientras tomaba asiento en un viejo tocón de madera.

Hacía una noche muy agradable, una de esas pocas ocasiones en Mérlobock en las que puedes disfrutar de la luna ya que el cielo no está encapotado.

—He traído la cena, tal y como propusiste—dijo Alissa volviendo a mostrar un enfado fingido.

—Yo he traído vino.

El rostro de Alissa osciló entre la sorpresa y la duda.

—Sí—dije sin más—, lo he robado de la bodega de tu padre antes de venir—y con los dientes descorché la botella de tinto.

—Creía que el vino era una bebida de mujeres—respondió la joven entre risas.

—Por eso lo he traído para ti.

Pude sentir como Alissa se ruborizaba.

—¿Intentas emborrachar a la hija del Hír?

Comencé a servir el vino en las copas que la joven había traído para nuestra cita improvisada, sin contestar a la pregunta para generar nerviosismo en ella. Iba a responder cuando un silbido me sobresaltó. Me volví hacia Alissa y la empujé a tiempo de evitar ser víctima de una saeta que fue directamente a parar en el pobre escarabajo. Una silueta se deslizó entre las sombras, al tiempo que yo blasfemaba por no haber cogido a *Esfinge*. Volví a repeler otra flecha surgida de la nada, logrando en aquella ocasión localizar la silueta recortada en la oscuridad de nuestro agresor. Agarré un pequeño cuchillo que había sobre el merendero y me lancé con furia sobre él, apuñalando una y otra vez un cuerpo frío e inerte que se desmoronaba ante mis embestidas. Atónito, descubrí que se trataba de un muñeco de paja vestido con indumentaria oscura, al tiempo que una sombra se dejaba caer sobre mi espalda. Hubo un ligero silbido en el viento y esta vez el dardo mortal fue a parar a mi cuello. Hice una mueca al sentir el dolor, aunque más dolido estaba mi orgullo por haber caído ante una trampa tan burda y sin mi fiel espadón a mano.

—Buenas noches, Kátsar—dijo una voz femenina a mis espaldas.

En un gesto completamente irreflexivo, me giré para ver el rostro de mi asesina, que para mi desgracia lo ocultaba tras una oscura capucha. Sentí que la sangre se me helaba en las venas y el cuello se me tensaba. Entendí en aquel momento que la flecha estaba envenenada.

—Quién... eres...—cada palabra fue pronunciada con un esfuerzo sobrehumano.

Los ojos azules de mi asesina brillaron en la oscuridad, con un resplandor salvaje y maléfico.

—Puedes llamarme Yvette—respondió alzando su ballesta, que apuntaba con un flecha directamente a mi cabeza.

Kálsar
